

## PRESENTACIÓN DEL “MISERERE” DE GEORGES ROUAULT

Decía Gustave Moreau a sus alumnos: “Yo no creo en la realidad ni de lo que veo ni de lo que toco, sino únicamente en la de mi sentimiento interior. El arte es la persecución encarnizada de la expresión de lo que podéis tener en el corazón y en el espíritu.

El “Miserere” de Georges Rouault –el alumno dilecto de Moreau- es el más deslumbrante y patético testimonio de la encarnación de esta idea del arte: expresión del drama humano en sus miserias, nostalgias y esperanzas; pero con la infinita piedad y solidaridad humana que el artista llevaba en su corazón y en su espíritu. Es el grito del hombre cuya conciencia ha sido estremecida por la catástrofe de la guerra, que ha contemplado y padecido sus inmensos desastres y que, cerrándose los caminos del odio, de la autojustificación y de la condenación puritana de los otros, asume con éstos la culpabilidad, en entrañada comunión con la especie.

El “Miserere” –esta espléndida serie de 58 aguafuertes- se sitúa en el centro de la trayectoria artística y existencial de Rouault.

Por una parte, resume, en cuanto realización maestra, las tentativas, las búsquedas de un estilo conseguido a través de un esfuerzo infatigable, tenaz y apasionado, en las que escribe la historia de su espíritu: su afirmación en la fe, su maduración en la caridad y aquel final de despojarse de todo, para colocarse con humildad y amor ante la vida; y, por la otra, anticipa, en el absoluto de su definición, el Rouault de la plenitud: una obra en que se identifican de manera admirable el sintetismo inaudito de la forma, los timbres expresivos del color, la extraña profundidad de la materia y su conciencia religiosa.

Nada más conmovedor, hasta el límite de lo dramático, que seguir la tensión artística y espiritual que sella la existencia de este hosco, genial primitivo del siglo XX: los pasos que, en sucesiva superación, lo conducen, a través de las tormentas de sus crisis profundas, por el camino subjetivo de una constante agonía, al punto en que el artista y el hombre se realizan.

Primero, su formación artesana en el taller de un pintor vitralista, después, su humilde sometimiento a las disciplinas académicas en la Escuela de Bellas Artes de París, sometimiento que lo hace dueño de su oficio, capacita su libertad y prepara su rebeldía. Más tarde, a la muerte de Moreau en 1898, la crisis de conciencia, el replegarse interior, la meditación artística y la furiosa búsqueda de una técnica capaz de traducir su pasión, su sangre, su substancia. En 1903, el encuentro con León Bloy y su círculo de amigos condiciona su concepción religiosa y la intuición del orden que vivificará su creación. Desde esta fecha, será el suyo un camino de excepción, solitario, sin parentesco con ninguna otra experiencia pictórica moderna y sin más compromiso que la fidelidad a su poderosa visión interior. Su fe religiosa y una insobornable conciencia artística serán los puntos cardinales de su obra.

Si el interés del pintor se hunde en la humanidad miserable, si baja a los fondos execrables de la existencia, no es sólo para, en un acto de mostración potenciada de lo horrible, buscar la reacción purificadora, sino para encontrar en ellos –como señala Lionello Venturi- una razón de vida eterna. Trasciende, así, lo anecdótico y lo accidental para alcanzar la dimensión de lo absoluto, de los mitos eternos. No son las prostitutas de la calle Colbert en Versalles, ni los jueces de los tribunales de París, ni los payasos y acróbatas del circo, ni los campesinos u obreros de los suburbios: es nuestro prójimo, somos nosotros mismos en nuestra alucinante verdad, revelados por el furor, el amor, la piedad y la sabiduría de Rouault.

Es la implacable lógica de su espíritu, la fuerza vigorosa de sus visiones, lo que lo impulsa a las más audaces renovaciones de su lenguaje. Si recurre en principio a la técnica del vitral y logra su pintura el milagro de reunir en pequeñas superficies planas formas mágicas que se magnifican en el espacio atravesadas por la luz, es para ordenar y sistematizar su modo de expresión, ese modo que llegará finalmente a reducir el dibujo a los rasgos esenciales, a renunciar a las sabias gradaciones, a las perspectivas y planos sucesivos, para ir directamente, con una rapidez y evocación sorprendentes, a la expresión de sus criaturas, prodigiosamente ajustadas a los movimientos de su alma.

La guerra de 1914 sublima su sentimiento religioso y profundiza su meditación. Rouault deja prácticamente de pintar, pero encuentra en el grabado la técnica que le permite

expresar la intensidad con que asume la magnitud del desastre y con que profiere la apelación más ardiente de su espíritu. Entre los años de 1916 y 1928, crea, en efecto, la secuencia del “Miserere”: es su noche de Getsemaní, de la que ha de salir, espiritualmente renovado, otra vez al universo de la pintura.

Sin falta retórica, en un lenguaje directo, despojado, sólo con la carga y la tensión de su espíritu, el ingenio de Rouault expresa sin concesiones en su “Miserere”, el drama de nuestra condición: la soberbia, el poder, la ambición, la vanidad, la injusticia, la hipocresía. La inconciencia, el olvido, la locura; pero también la humildad, la pobreza, el desasimiento, la verdad, la ternura, la fe, la esperanza y el amor de los hombres, ¡Intenso poema en contrapunto de nuestra miseria y de nuestra dignidad, extremos opuestos en que oscila la aventura moral del hombre! Es aquí donde toca Rouault la cima de su fe y de su caridad. Porque si en este conjunto de grabados, como en un inmenso retablo desplegado a los ojos del Altísimo, magnífica hasta lo insólito la tragedia de la miseria humana, sabe magnificar también el sufrimiento del hombre y acogerse a los méritos de Cristo para apoyar en ellos su clamor de misericordia. Busca su grito la compasión del Padre, y la medida de su grito es la medida de su esperanza en la salvación del hombre y de su acendrada piedad.

El propio Rouault veía en la obra de arte una “ardiente confesión”, un “reflejo de lo eterno”. Pienso, al cerrar esta presentación, que sólo bajo tales prismas el “Miserere” puede revelarnos su grandiosidad y la profunda genialidad de quien se definía a sí mismo: “un amigo silencioso de los que sufren en la llanura desierta”, “yedra de la eterna miseria aferrada al muro leproso dentro del cual la humanidad esconde sus vicios y sus virtudes”, “cristiano que cree en Jesús crucificado”.

Monterrey, N. L., a 2 de diciembre de 1970

Alfonso Rubio y Rubio